

## **CINCUENTA AÑOS DE USOS AMOROSOS: EL AMOR Y LA NOVELA ROSA**

### **Fifty years of courtship customs: love and the popular romance**

**Encarna Alonso Valero**

(Universidad de Granada, España)

#### **Resumen**

Este artículo utiliza el libro de Carmen Martín Gaité, *Usos amorosos de la postguerra española*, para comprender mejor la novela rosa y en particular la obra de su autora de más éxito, Corín Tellado.

**Palabras clave:** Usos amorosos – Novela rosa – educación para las mujeres.

#### **Abstract**

This paper utilises the book by Carmen Martin Gaité, *Courtship customs in postwar Spain*, to understand the popular romance and especially the work of its most successful writer, Corín Tellado.

**Keywords:** Courtship customs – Popular romance – Education for women.

Corín Tellado nació en 1927, tenía quince años al concluir la Guerra Civil, con lo que la mayor parte de su adolescencia y su primera juventud transcurrieron en plena postguerra. En 1946 escribió *Atrevida apuesta*, su primera novela. En ese momento, a finales de la década de los cuarenta, la novela rosa era en España un género de éxito, representado entonces por escritoras como M<sup>a</sup> Mercedes Ortoll o Concha Linares Becerra. Propugnaba el modelo de mujer que se predicaba desde numerosas publicaciones de la época y especialmente desde la Sección Femenina de Falange. Carmen de Icaza<sup>1</sup>, miembro de esa organización, a través de sus obras popularizó el axioma siguiente: “la vida sonrío a quien le sonrío, no a quien le hace muecas”<sup>2</sup>.

Aunque comenzó su producción en la época del boom de la novela rosa en España, dentro de ese panorama Corín Tellado tuvo un éxito incontestable e incomparable. Para comprender el espacio con el cual y contra el cual comenzó y se formó la obra literaria de Tellado y arrojar luz sobre distintos aspectos de sus novelas, utilizaremos un texto de Carmen Martín Gaité, *Usos amorosos de la postguerra española*, porque es lo opuesto y a la vez el complemento necesario para su análisis. En primer lugar, porque también nos ofrece el punto de vista de una mujer sobre esa época; ambas eran mujeres escritoras y de la misma edad (Martín Gaité nació en 1925, dos años antes que Corín Tellado). Pero sobre todo porque el libro de Carmen Martín Gaité plantea una relación con el pasado y la educación en ese pasado; su libro muestra cómo era la gente de los años cuarenta y cincuenta en España: cómo se vestía, cómo era educada y, sobre todo, cómo amaba. En el caso de Corín Tellado, sus novelas nos ofrecen esa misma relación con la época pero justamente por negación, por mostrar lo que se deseaba que fuera y por tanto no era, por una parte, y lo que tenía que ser, lo que debía ser, por otra. Porque, para entender estos textos (como cualquier otro), no tendremos solamente que recuperar las significaciones que proclaman (es decir, las intenciones explícitas de su autora, condicionadas, además, en este caso, por la poderosa realidad de la censura), sino también descifrar el excedente de significación que revelan, en la medida en que participan de la simbólica de una época, de una clase y de un género literario. Y para ello, creemos que el texto de Carmen Martín Gaité puede resultar de gran ayuda.

---

<sup>1</sup> Su obra más famosa fue *Cristina Guzmán, profesora de idiomas*, publicada en 1936 en la editorial Juventud. ICAZA DE LEÓN, C. de., *Cristina Guzmán, profesora de idiomas*, Madrid, Castalia-Instituto de la Mujer, 1991.

<sup>2</sup> Citado por MARTÍN GAITE, C., *Usos amorosos de la postguerra española*, Barcelona, Anagrama, 1987, p. 40.

En la postguerra y los años que la siguieron, lo dominante era la represión sexual basada en una noción “confusa y exaltada del amor”<sup>3</sup> en la que las jóvenes desembocaban en una aguda necesidad de confianza e informaciones sobre el tema, como mostraban los consultorios sentimentales de revistas del momento dirigidas a mujeres jóvenes como *Letras*, *Medina* o *Chicas*. De ahí que la idealización y el mito inundaran el imaginario femenino, ayudado por el cine y modelos literarios como la novela rosa. Así, las mujeres

hacían coincidir el amor con la magia de las palabras dulces, bien dichas. Y esta magia, aunque alimentada en el plano argumental por medio de trucos bastante monótonos y burdos, era la que explotaban algunas de aquellas novelitas aparecidas en publicaciones femeninas, cuando elegían a sus protagonistas entre chicas de clase social inferior, dependientas, costureras o secretarias, ansiosas de vivir el mito de la Cenicienta<sup>4</sup>.

La propia Corín Tellado lo señala de manera inmejorable: “Para mí, el amor era palabra escrita [...]. La verdad es que conocemos el amor más por la literatura que por la experiencia. O que hacemos que la experiencia coincida con la literatura”<sup>5</sup>.

Toda esa ‘romantización’ y ‘literaturización’ puede verse en los consultorios de las revistas, que muestran de manera evidente una falta de códigos ante el amor y las relaciones entre los sexos que las novelas de Corín Tellado ayudaron en gran medida a cubrir:

Aquellas palpitaciones que se sentían con la llegada de la primavera ¿significarían un anuncio de que se estaba incubando el gran amor? Hablar por carta de los propios sentimientos era como una especie de ensayo general para tenerlos, como una expresión en borrador de la novela que se soñaba con vivir. Y la prueba está en la frecuencia con que aquellas adolescentes desconcertadas trataban de bucear en lo más desconocido y enigmático: en la esencia misma del amor. Tenían una noción vaga de él pero necesitaban definirlo, era una urgencia que las traía en jaque. Pasar de la noción a la definición. Generalmente la respuesta a este tipo de preguntas, además de ser absolutamente pedestre, contribuía a aumentar la perplejidad<sup>6</sup>.

---

<sup>3</sup> *IBÍDEM*, p. 143.

<sup>4</sup> *IBÍDEM*, p. 144.

<sup>5</sup> CARMONA GONZÁLEZ, Á., *Corín Tellado. El erotismo rosa*, Madrid, Espasa-Calpe, 2002, p. 60. Quiero agradecer a Ángeles Carmona su amabilidad al enviarme su libro.

<sup>6</sup> MARTÍN GAITE, C., *op. cit.*, p. 177.

Así, uno de los grandes éxitos de Corín Tellado, además de que “captó en sus propias lecturas las leyes inmutables de la novela rosa”<sup>7</sup>, con un estilo propio y diferenciado que le proporcionó el favor masivo del público, es que proporcionó códigos simbólicos a la sociedad de su época, sobre todo a las mujeres. Las españolas de la postguerra y de los años posteriores buscaron el código amoroso en sus novelas, ya que desde todas las instancias recibían el mensaje de que el amor tenía que ser el centro de sus vidas pero nadie les aclaraba nada sobre él<sup>8</sup>. Las novelas de Corín Tellado, como toda la novela rosa, utilizan descripciones literarias del amor completamente idealizadas y exaltadas, pero al menos liberaba a sus lectoras de una concepción del amor tan conservadora como la que aparecía, por ejemplo, en las novelas de Carmen de Icaza, miembro de la Sección Femenina de Falange, o la que proyectaba la sociedad en general.

Frente a esa ‘magia de las palabras’ aparecida en la novela rosa, las palabras cotidianas eran ‘restricción’ y ‘racionamiento’, que afectaban a todas las prácticas sociales, incluso cuando pasó el momento de necesidad más extrema. No sólo se trataba de las restricciones de agua o alimentos en la inmediata postguerra, sino que la restricción llegó a convertirse en una cuestión moral:

La propaganda oficial, encargada de hacer acatar las normas de conducta que al Gobierno y a la Iglesia le parecían convenientes para sacar adelante aquel período de convalecencia, insistía en los peligros de entregarse a cualquier exceso o derroche. Y desde los púlpitos, la prensa, la radio y las aulas de la Sección Femenina se predicaba la moderación. Los tres años de guerra habían abierto una sima entre la etapa de la República, pródiga en novedades, reivindicaciones y fermentos de todo tipo, y los umbrales de este túnel de duración imprevisible por el que la gente empezaba a adentrarse, alertada por múltiples cautelas<sup>9</sup>.

---

<sup>7</sup> CARMONA GONZÁLEZ, Á., *op. cit.*, p. 77.

<sup>8</sup> “Una de las funciones importantes desempeñadas por las novelas de Corín Tellado es la de haber servido de código simbólico a la sociedad de la época. El código sirve para estimular el nacimiento de los sentimientos correspondientes [...]. Las jóvenes españolas de la posguerra buscan el código amoroso en las novelas de Corín Tellado para saber descubrir el amor e identificarlo y establecer una comunicación positiva con el sexo opuesto”, GONZÁLEZ GARCÍA, M. T., *Corín Tellado, medio siglo de novela de amor (1946-1996)*, Oviedo, Pentalfa, 1998, p. 83.

<sup>9</sup> MARTÍN GAITE, C., *op. cit.*, pp. 12-13.

En ese sentido, también se condenaba la búsqueda de la felicidad, y se imponía una especie de “alegría tensa, sublime y como atormentada”<sup>10</sup>.

Es bien sabido que esos años fueron de gran penuria económica; en las novelas de Corín Tellado, por el contrario, encontramos caviar, fiestas, campiña, ambientación frecuente en el extranjero (fundamentalmente Estados Unidos, Canadá e Inglaterra; cuando están ambientadas en España, aparecen sobre todo Madrid, Barcelona, Cádiz, donde vivió varios años en su niñez y adolescencia, y la costa cantábrica, es decir, las zonas que la autora más conocía), nombres de origen anglosajón... Además, aparecen continuos anhelos de cariño, aventura y bienestar, que serán una búsqueda permanente en toda su obra.

Resulta en cierto modo paradójica esa alusión constante a lo extranjero a la hora de elaborar esa especie de idealismo que se conformaría a través del relato, ya que:

ahora esos estilos “viejos” se habían quedado para los países sin fe, donde soplaba, según expresión del Papa *un aire malsano de paganismo renacido*, que tendía a *engendrar e introducir una amplia paridad de las actividades de la mujer con las del hombre*.

Esos vientos de paganismo renacido venían, como casi todo lo malo, del extranjero. Y la mujer que los bebiese o soñase con beberlos no merecía el nombre de española. Ni más ni menos. Lo cual no quiere decir que algunas no soñasen con beberlos<sup>11</sup>.

Esas ‘algunas’ distaban mucho de ser pocas si tenemos en cuenta los ambientes y los escenarios de las novelas de Corín Tellado y la enorme venta que esas novelas tenían<sup>12</sup>.

Ahora se plantea como moderno o novedad, para contrarrestar ese pasado inmediato de los tipos alentados por la República, el modelo de mujer tradicional cuya máxima obligación era su familia y el ámbito de lo privado. Opuestos a ese tipo de mujer estaban los modelos importados del extranjero, fundamentalmente de Estados Unidos:

---

<sup>10</sup> *IBÍDEM*, p. 24.

<sup>11</sup> *IBÍDEM*, p. 26.

<sup>12</sup> Es posible que también con esa ambientación fuera más fácil que el censor admitiese determinados hechos o tramas, que de ningún modo hubiese permitido si los protagonistas se hubiesen presentado como españoles: “En su celo por salvaguardar la moral, los censores llegaban a extremos difíciles de comprender desde la perspectiva actual. No sólo se prohibía la mención de ciertas palabras como *bragas* o *calzoncillos*, que podían evocar una situación pecaminosa, sino incluso acciones completamente inocentes. Un censor desaconsejó la publicación de una novela cuya protagonista hace gimnasia al levantarse por la mañana, ‘porque la mujer española al levantarse de la cama, reza’”. CARMONA GONZÁLEZ, Á., *op. cit.*, p. 91.

Creo que es imposible entender los usos amorosos de la primera postguerra sin tener en cuenta la mezcla de fascinación y rechazo que despertaba en la España del estraperlo y del racionamiento el progreso económico de aquella nación, contra la que existían tantos prejuicios pero que, al fin y a la postre, nos iban a sacar de pobres y a arrancarnos, con el traje de lunares, la careta de detentores exclusivos de la verdad y la fe<sup>13</sup>.

Lo que se enfrentaban eran dos concepciones morales: por un lado Estados Unidos representaba la expansión económica, con un modelo que trataba de exportar a Europa; por otro, España, ejemplo de atraso y desde donde se descalificaba el progreso de Estados Unidos afirmando que estaba basado en el dinero. No obstante, como dice Carmen Martín Gaité y dejan claro las enormes ventas de las novelas de Corín Tellado, el modelo estadounidense resultaba más atractivo a buena parte de la sociedad que ese mundo español.

Esa especie de idealismo que se refleja en los textos, en el caso de la imagen de las mujeres se resuelve en una mística de la feminidad entendida como debilidad y sumisión, dentro de la imagen y el esquema más tradicional. Eso significa, en primer lugar, rechazo de la soltería (“El culto a la feminidad, inculcado por tantos flancos desde la primera infancia, llevaba aparejado el aborrecimiento de la soltería”<sup>14</sup>). La soltera era un fracaso social porque había fallado en el que se consideraba el único sentido de su vida, encontrar marido. Cita Carmen Martín Gaité un texto sacado del consultorio de una de las revistas femeninas más importantes de la época, *Medina*, que resulta clarificador en este aspecto:

La vida de toda mujer, a pesar de cuanto ella quiera simular –o disimular-, no es más que un continuo deseo de encontrar a quien someterse. La dependencia voluntaria, la ofrenda hermosa de todos los minutos, de todos los deseos e ilusiones es lo más hermoso, porque es la absorción de todos los malos gérmenes –vanidad, egoísmo, frivolidad- por el amor<sup>15</sup>.

El caso del hombre soltero era distinto, entre otras cosas porque su estado era fruto de una elección propia, no de una decisión ajena (nadie elegía por él ni nadie lo

---

<sup>13</sup> MARTÍN GAITE, C., *op. cit.*, p. 28.

<sup>14</sup> *IBÍDEM*, p. 53.

<sup>15</sup> *Medina*, “Consúltame”, 3 de septiembre de 1944; citado por MARTÍN GAITE, C., *op. cit.*, p. 45.

elegía; el caso de las mujeres es el contrario, a ellas sí tenía que elegir las un hombre, y quedarse solteras se entendía como que nadie había querido elegir las):

En los años que estoy estudiando, la muchacha que soñara con “vivir su vida” en seguida se daba cuenta de que le resultaba más prudente conservar encerrado aquel propósito en la zona de los anhelos inconfesables, como un tesoro que se convertiría en bazofia al exponerlo a la luz<sup>16</sup>.

Se trataba de fomentar la fragilidad y el desvalimiento en las mujeres, una imagen que se perpetuaba en el cine, la literatura, la radio..., que promueven esas formas de vida y de conducta. A las mujeres se las estaba previniendo constantemente contra cualquier otro interés, y los modelos de comportamiento que se les ofrecían (desde la escuela, la propaganda oficial, las distintas instituciones del régimen dictatorial...) también aparecían en las novelas que leían millones de mujeres, en los seriales radiofónicos, etc., que daban una imagen de lo que tenía que ser y hacer una mujer, nombraban el orden y llamaban al orden.

Pilar Primo de Rivera servía como modelo fundamental, al igual que todas las que integraban la Sección Femenina de Falange, y se encargaron de difundir el modelo de mujer sumisa, hogareña, etc. En una de sus intervenciones públicas, un discurso de principios del año 1944, dice:

Tenemos que tener detrás de nosotras toda la fuerza y decisión del hombre para sentirnos más seguras, y a cambio de esto nosotras le ofreceremos la abnegación de nuestros servicios y el no ser nunca motivo de discordia. Que éste es el papel de la mujer en la vida. El armonizar voluntades y el dejarse guiar por la voluntad más fuerte y la sabiduría del hombre<sup>17</sup>.

Es significativo que en los documentos originales de la Sección Femenina, la palabra ‘mando’ (refiriéndose a las mujeres que ocupaban una situación más alta en la jerarquía de la organización) aparece con el artículo en masculino (aunque fuesen

---

<sup>16</sup> *IBÍDEM*, p.p. 49-50.

<sup>17</sup> Citado por MARTÍN GAITE, C., *op. cit.*, p. 58. Un año antes, en febrero de 1943, en un discurso en el Primer Consejo Nacional del Servicio Español de Magisterio, había dicho: “Las mujeres nunca descubren nada: les falta desde luego el talento creador, reservado por Dios para inteligencias varoniles; nosotras no podemos hacer nada más que interpretar mejor o peor lo que los hombres han hecho”. Citado por MARTÍN GAITE, *op. cit.*, pp. 68-69.

mujeres, el poder es masculino). De entre esos 'mandos', la mayoría no estaba casada (como explica Amelia Valcárcel, "las mujeres detentan el poder con los tres votos clásicos: pobreza, castidad y obediencia"<sup>18</sup>) y tenía responsabilidades de diversa índole, con lo que "el contraste entre los mandos y la naturaleza reaccionaria del mensaje predicado por ellas fue siempre una paradoja"<sup>19</sup>. Una paradoja, no obstante, relativa, pues no tenían ningún poder sobre hombres, eran mostradas como ejemplo de castidad, obediencia, sacrificio y abnegación<sup>20</sup>, y en cualquier caso siempre quedaba claro que eran una excepción, como los modelos de vida oficiales de la Sección Femenina, Santa Teresa e Isabel la Católica. Para el conjunto de las demás mujeres, se mantiene el viejo rigor y naturalmente la tradicional 'virtud' femenina del silencio: "Que vuestra labor sea callada; que a las Secciones femeninas, mientras menos se las oiga y menos se las vea, mejor. Que el contacto con la política no os vaya a meter a vosotras en intrigas y habilidades impropias de mujeres"<sup>21</sup>.

Hace Carmen Martín Gaité referencia a la 'mística' a la que se 'elevaba' a las mujeres:

El hombre era un núcleo permanente de referencia abstracta para aquellas ejemplares penélopes condenadas a coser, a callar y a esperar. Coser esperando que apareciera un novio llovido del cielo. Coser luego, si había aparecido, para entretener la espera de la boda, mientras él se labraba un porvenir o preparaba unas oposiciones. Coser, por último, cuando ya había pasado de novio a marido, esperando con la más dulce sonrisa de disculpa para su tardanza, la vuelta de él a casa. Tres etapas unidas por el mismo hilo de recogimiento, de paciencia y de sumisión. Tal era el 'magnífico destino' de la mujer falangista soñada por José Antonio<sup>22</sup>.

La situación política pone de nuevo a la mujer en un lugar más acorde con la realidad que trata de imponerse. La estructura familiar tradicional tiene que asegurarse, y

---

<sup>18</sup> VALCÁRCEL, A., *La política de las mujeres*, Madrid, Cátedra, 1997, p. 115.

<sup>19</sup> RICHMOND, K., *Las mujeres en el fascismo español. La Sección Femenina de la Falange, 1934-1959*, Madrid, Alianza, 2004, p. 39.

<sup>20</sup> "A las mujeres les es permitido detentar este poder siempre que a él lleven las virtudes clásicamente reconocidas como aretario, en su sentido griego más fuerte y arcaico, del sexo femenino, que son fundamentalmente dos: fidelidad y abnegación". VALCÁRCEL, A., *op. cit.*, p. 116.

<sup>21</sup> Discurso de Pilar Primo de Rivera en el Consejo Nacional de la Sección Femenina de 1941. Citado por RICHMOND, K., *op. cit.*, p. 211.

<sup>22</sup> MARTÍN GAITE, C., *op. cit.*, p. 72.



en todas las publicaciones de la época la tónica común era el canto a las excelencias de un mundo feliz, con la exaltación de valores como el amor, la belleza y la bondad:

Nunca [se trataba] de preguntarse por las causas del odio y la maldad. En primer lugar porque *en las mujeres el conocimiento analítico puede perturbar las finas arterias de su feminidad*, y además porque una pregunta como ésta hubiera lindado escabrosamente con un terreno que en la postguerra convenía esquivar: el de la lucha de clases [...].

Las jovencitas vivíamos de ilusiones. Si se hiciera algún día el cómputo de las veces que las palabras sueño e ilusión aparecían en las canciones que se cantaban sin cesar por entonces y en los títulos de películas y novelas de mayor consumo, resultaría sorprendente. Se habían incorporado asimismo de forma notable al lenguaje coloquial. [...] Pero probablemente una de las expresiones más repetidas en una conversación entre amigas era la de “me hace ilusión”, que no significa propiamente “me gusta” o “me apetece”, frases estas últimas donde el sujeto revela hacia el objeto una tendencia fundada en algo, una actitud menos pasiva<sup>23</sup>.

El noviazgo se presentaba para las mujeres de la primera postguerra como una etapa de aprendizaje, lo que se llamaba ‘la escuela del matrimonio’. El problema, señala Martín Gaité, es que la información que la adolescente curiosa podía obtener era muy limitada o nula<sup>24</sup>:

El sueño y la ilusión mantenían a la mujer en las nubes durante un período más o menos largo. Y de las nubes de aquel paraíso ficticio se caía sin transición –cuando se caía– en los raíles del noviazgo con un muchacho concreto, al que no convenía dar confianzas pero al que había que querer mucho. Aunque a la jovencita bienpensante nadie le hubiera

---

<sup>23</sup> *IBÍDEM*, p. 159.

<sup>24</sup> “El enfrentamiento de la carne con el espíritu, implícito en la devoción incondicional a la Virgen María, creaba en ellas [las mujeres], con el ansia personal de identificación, escrúpulos de un cariz muy peculiar. Desde que una niña se preparaba para tomar la primera comunión, momento en que el problema de la pureza se planteaba, tenía que enfrentarse, por de pronto, con la violencia de arrodillarse frente a la rejilla de un confesionario para hablar con un hombre, lo cual acentuaba la necesidad del eufemismo, de inquietudes y sutilezas que no tenían clara definición, y en las que se había visto previamente obligada a bucear a solas. De aquellos balbuceos angustiosos y baldíos surgía la primera noción de pecado personal. De ahí en adelante todo en torno suyo se iba a confabular para hacer sentir a la adolescente que había emprendido un camino tortuoso y lleno de asechanzas, aunque de la naturaleza de aquellas asechanzas nadie –y menos que nadie aquella sombra varonil sin rostro ni pasión verbal, oculta tras el confesionario– le explicara nada concreto que ayudara realmente a la localización del peligro. Lo único que sacaba en consecuencia es que aquel camino hacia la pubertad tenía que recorrerlo muy serietica y con el susto en el cuerpo, como si a cada momento pudiera saltar un bicho desconocido de cualquier esquina. Eso era prepararse a ser mujer”. *IBÍDEM*, p. 110.

explicado en qué consistía querer mucho a un novio. Ni le estuviera permitido adivinarlo por su cuenta<sup>25</sup>.

Lo que sí estaba claro, entre otras cosas por un léxico plagado de términos bélicos o metáforas guerreras, es que el amor, para ser real y valioso, no tenía que ser tarea fácil, circunstancia que certificaba el argumento de toda novela rosa, sin excepción:

Tanto estas antinomias de nieve y fuego como las metáforas de tipo bélico a que venimos haciendo referencia contribuían a propagar una ideología amorosa que exaltaba la dificultad. Lo mismo los hombres que las mujeres tendían a sentirse más satisfechos y recompensados si el objeto de sus afanes era por naturaleza duro de pelar o adoptaba una actitud que le hacía pasar por serlo. Conservar la sangre fría y presentarse como un ser equilibrado se consideraban requisitos ideales para enardecer al adversario, ya fuera éste masculino o femenino<sup>26</sup>.

En este sentido, afirma Carmen Martín Gaité: “Desde luego, no parecía tratarse de un aprendizaje placentero, sino que más bien era presentado como una ascesis, como una especie de camino de perfección individual”<sup>27</sup>.

Además del uso de ese vocabulario lleno de metáforas guerreras y de conquista bélica, la utilización del lenguaje estaba marcada por completo por la censura, que obligaba a un amplio uso del eufemismo, fundamentalmente en lo relativo a cuestiones sexuales. No era un problema que afectase sólo a la ficción, rosa o no: ese arte del disimulo se exigía en la vida en general, en la que también el lenguaje estaba sometido a la contención y al ahorro, por lo que inevitablemente ese uso se deslizaba también en las novelas.

Corín Tellado, por tanto, fue educada en una época en que el eufemismo era la norma y tuvo además que aprender a sortear la censura, hasta el punto de que, con el tiempo, se fue creando todo un código con la complicidad de lectoras y lectores, sobre todo en lo relativo a las escenas eróticas. Así, Corín Tellado tendió un puente por encima de la férrea censura y mostró a sus lectoras el sexo y la pasión, es decir, “inventó el

---

<sup>25</sup> *IBÍDEM*, p. 160.

<sup>26</sup> *IBÍDEM*, p. 169.

<sup>27</sup> *IBÍDEM*, p. 162.

erotismo rosa”<sup>28</sup>, en unas novelas de amor y sexo sin sexo<sup>29</sup>, que encuentran la manera de decir muchas cosas que en aquel momento no se podían decir<sup>30</sup>, con gran habilidad para convencer al censor y complacer también la puritana moral de muchas lectoras, educadas dentro de un esquema muy tradicional y conservador.

En definitiva, Corín Tellado, la autora española más leída del siglo XX, marcó la vida de generaciones de mujeres (también de muchos hombres) y sus novelas suponen un recorrido por varias décadas en las que el amor era palabra escrita.

---

<sup>28</sup> CARMONA GONZÁLEZ, Á., *op. cit.*, p. 90.

<sup>29</sup> Francisco Umbral escribe: “En la larga posguerra española, cuando el erotismo estaba prohibido, censurado, mi amiga Corín se inventa el erotismo del corazón, el erotismo de los sentimientos (...) se inventa en la posguerra una fórmula literaria para burlar la censura: la novela de amor sin sexo, la novela de sexo sin sexo”, UMBRAL, F., *Los cuerpos gloriosos. Memorias y semblanzas*, Barcelona, Planeta, 1996, p. 242.

<sup>30</sup> “La oprimió contra sí y el bello cuerpo se abandonó”. TELLADO, C., *Casémonos*, Barcelona, Bruguera, 1957, p. 100; “-Te adoro, Rock. Te adoraré siempre, porque sé que me querrás siempre. Porque me querrás, ¿verdad, Rock?. No contestó. Se lo estaba demostrando muy calladamente”. TELLADO, C., *En aquel momento*, Barcelona, Bruguera, 1968, p. 71. En cada novela de Corín Tellado pueden encontrarse ejemplos como éstos.